



AAE 7658

Muerte en Cartagena

Couve le regaló a nuestro mar un cielo nuevo, un aire nuevo, ciudades espléndidas, mundos que nacieron de su corazón y espíritu generosos y no de la usura que hoy ha corrompido a los que están demoliendo Chile.

Por Cristián Warnken

El 11 de marzo el país entero seguía los avatares de la asunción como secundario vitalicio de Pinochet en Valparaíso. Ese mismo día, en un balneario que muere como Venecia, Cartagena, falleció, solitario, sin que el país se enterase, el escritor y pintor Adolfo Couve. La novela *Muerte en Venecia* de Thomas Mann, popularizada por la versión cinematográfica de Visconti, es la parábola del extremo a que puede llevar la búsqueda de la belleza: la muerte. "La belleza es nada más que el comienzo de lo terrible", dijo alguna vez el poeta Rilke; y lo es, porque constituye uno de esos misterios humanos más cerca del absoluto, y muchas veces para llegar a sus confines hay que cruzar purgatorios e infiernos. Couve hizo muchas veces ese viaje: su obra, escrita en silencio en su autoexilio en Cartagena, es la expresión de la entrega completa, aún a costa de sí mismo, de un hombre que anhelaba, con impaciencia, dar testimonio de esa belleza. Siempre ha sido desgarradora y peligrosa esa carrera; en estos tiempos lo es particularmente más. Vivimos en un momento en que lo bello, la verdad, lo bueno, los absolutos de siempre en la historia del espíritu humano están desprestigiados, condenados a morir en los museos, ciertas academias, los libros. Pareciera como si nos hubiéramos empeñado como civilización en romper todos los vínculos con la belleza. La hemos exiliado de nuestras calles, nuestro cotidiano, nuestras conversaciones y gestos. Hay como una suerte de rencor contra ella; ese resentimiento contra la belleza se encarna para mí en el gesto de Guasón, el personaje de Ritzman, cuando entra en un museo rayando y manchando todos los cuadros allí expuestos. Hay un Guasón dentro de cada uno de nosotros, de los que toman decisiones urbanísticas, de los que deciden la programación de televisión, de los que protagonizan la política.

Couve entregó su vida por la búsqueda de la belleza, con una generosidad y dedicación, un rigor y pasión que sólo se dan en ciertos genios. Por ello fue muy sensible al predominio de lo kitsch, de la estética feista en nuestro país. Creo que el Chile kitsch de los 90 lo hacía sufrir enormemente. En una entrevista que le realicé en el programa *La belleza de pensar*, le pregunté por qué se había ido en una suerte de autoexilio a Cartagena. Me respondió: "Me quería ir de Chile, y me fui de Chile en realidad porque Cartagena yo la encuentro distinta a Chile. Ahí no hay plata, no habían destruido todo, no habían convertido las cosas en otras cosas". ¿Cómo no entender a Couve, cuando día a día asistimos a la demolición sistemática de Chile? Couve estaba aislado en la decadencia de Cartagena que nada tiene que ver con esta otra decadencia disfrazada de esplendor, brillo, novedad. Pero esta invasión kitsch estaba a punto de llegar a sus orígenes: al recorrer hoy el litoral central desde Algarrobo a Cartagena horripila ver la irrupción insolente de edificios frente al mar, modificando el paisaje, violando las mínimas reglas de estética. Los arquitectos, constructores y alcaldes que dieron los permisos, que han construido esas moles provocadoras, parecen actuar como si la belleza no existiera. Seguramente ellos nunca han leído a Mann, a Rilke, a Huidobro y para qué decir a Couve. Son los analfabetos de la postmodernidad, los Guasones del Chile arribista y stúctico.

Este kitsch chileno, hoy repleta con soberbia a un autoexilio a todos los que anhelan la belleza. Y cuando hablo de belleza no estoy hablando de una belleza académica, decimonónica, de museo. Y no creo que esa haya sido la belleza de Couve, que siempre se impresionó por la belleza que irrumpe en lo simple, lo sencillo, incluso a veces en lo pobre, por eso estaba exiliado en Cartagena y no en Zapallar. Sé que la belleza es imposible de definir, pero no por eso no existe. Le pregunté a Couve qué era la belleza y me dijo que no sabía dónde estaba pero sí dónde no estaba: "No está en los mall, ni en las teleseries, ni en lo brillante, ni en el arribismo. Cuando una cosa es bella como la Gioconda o las pirámides ya está dentro de la enumeración de las cosas. Es lo mismo decir mar que decir pirámide, árbol que Madonna de Rafael, porque son artistas extraordinarios que han podido poner en la lista de lo que existe lo que no existía y que la naturaleza necesitaba..." Lo cito para que lo lean nuestros Guasones criollos, que seguramente el 11 de marzo no se enteraron de que moría este desesperado de belleza junto a un mar que espera le entreguen obras y no sobras o desechos estéticos. Huidobro ya lo hizo con su epitafio en Cartagena. "Abrid la tumba al fondo de esta tumba, al fondo de esta tumba se ve el mar". ¿Qué lección? Couve le regaló a nuestro mar un cielo nuevo, un aire nuevo, ciudades espléndidas, mundos que nacieron de su corazón y espíritu generosos y no de la usura que hoy ha corrompido a los que están demoliendo Chile.

AUTORÍA

Warnker, Cristián

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Muerte en Cartagena [artículo] Cristián Warnken. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa